

ha abandonado todos los buenos principios, si es que alguna vez los tuvo. Es una especie indescriptible de camaleón, que se denomina prudencia". Éste era un cumplimiento endilgado a Géorge Wáshington. También recuerdo haber leído: "Los locos eruditos son los más locos, al mismo tiempo que los más indóciles. Hasta ahora se había desdeñado tranquilamente a los sofistas políticos, pero jamás se les había confiado el poder. Nunca se ha juzgado prudente poner un cuchillo en las manos de semejantes niños. Si Dios en su ira y para castigar los innumerables pecados de esta nación la ha entregado a proyectistas y filósofos, no nos queda otra cosa sino aceptar resignadamente el castigo". Éste era un cumplimiento endilgado a Thomas Jéfferson. Y otra vez leí: "El presidente es un monstruo cuyo alimento favorito es la sangre humana". Esta amable referencia fué dedicada a Andrew Jackson, y hubo críticos coetáneos de Lincoln que calificaron a éste de gorila y de bufón.

La verdad del caso es que en todos los tiempos el pueblo ha criticado amplia y temerariamente a sus gobernantes, culpándolos de incompetencia, y que los elementos sociales más ruines, incluyéndose muchos individuos que pretenden ser personajes prominentes en la sociedad, pero que adquirieron dinero con más rapidez que cerebro y sentido moral, tienen la extraordinaria jactancia de imputar falta de moralidad a los funcionarios públicos. Apenas es necesaria advertir que tales afirmaciones han sido tan injustificadas e inverosímiles que han aportado descrédito a sus autores, a quienes las difundieron y a todos nosotros como nación.

Ninguna generación aprecia a sus grandes hombres. Para los contemporáneos de cualquier época los grandes hombres son los desaparecidos. No tenemos hoy Clays ni Calhoúns ni Wébsters; sin embargo, puedo atreverme a decir que he conocido hombres públicos a quienes seguiría con más entusiasmo que a Clay, a Calhoún o a Wébster. Seguiría de mejor grado a Gróver Cléveland que a John C. Calhoún; a Wóodrow Wilson que a Henry Clay; a Richard Olney que a Daniel Wébster. Es posible que esto sea una herejía, pero estoy pronto a probarlo, y estoy convencido de que el grado de preparación y la eficacia de nuestras instituciones públicas, tanto legislativas como ejecutivas, así como la norma de conducta en nuestra vida pública, son hoy más elevados que en cualquier otro período de nuestra historia. El hecho es que gran parte de las censuras que se escuchan respecto de nuestra política es pura algarada y espíritu de partido. La política entre nosotros parece estar compuesta de un setenta y cinco por ciento de bulla, representaciones insidiosas y habladurías y un veinticinco por ciento y quizá menos de realidad y substancia. Si lo dudáis, permitidme recordaros el tremendo furor que se produjo a causa de la adopción legal de ciertas medidas importantes decretadas durante los últimos diez años, tales como el impuesto sobre la renta, la elección directa de senadores, el día de ocho horas para el trabajo, la comisión de comercio federal, el decreto de la marina, la ley de reserva federal, las leyes de tarifa y de la comisión de tarifas, y haceros observar que las últimas tres mencionadas habrían pasado con los votos de la oposición solamente.

La algarada procede de los políticos profesionales y los bloques políticos, de los grupos de gentes cuya capacidad para meter bulla no está en proporción con su número ni sus talentos. Están incesantemente a la carga, y como la gran masa del pueblo se mantiene silenciosa hasta el momento de la elección, los grupos bullangueros logran con bastante frecuencia persuadir al congreso de que representan realmente la opinión del pueblo de los Estados Unidos. A la larga, naturalmente, estos bloques no llegan a hacer más de lo que hicieran en lo pasado, y es bueno recordar que siempre los hemos tenido entre nosotros. Géorge Wáshington previno al pueblo contra los bloques políticos. La única cosa que ha cambiado es el nombre. Hoy no se llaman a sí mismos *bloques*, probablemente porque no les agrada el significado de la palabra. Según la definición del diccionario, el bloque es un objeto tosco y pesado, un trozo de piedra informe, un impedimento, un zoquete. Y es un zoquete todo aquel que se imagine que el pueblo de los Estados Unidos va a permitir que cualquier bloque o combinación de bloques logre substituir su voluntad a la voluntad popular. Los bloques políticos de nuestros días desaparecerán como han desaparecido otros antes de ahora. La historia demuestra una cosa en forma concluyente, algo que está demostrándose en Rusia en este mismo momento, y que se ha comprobado en muchos otros países: que ninguna clase particular de las que componen la sociedad tiene discernimiento suficiente por sí sola para gobernar a una nación. Ninguna clase, ya sea la aristocracia o sea el proletariado, aquella entidad extranjera de que hace uso la misma gente que la denomina *bloque*, tiene discreción suficiente para gobernar a todas las demás. No puede imponer su voluntad en forma pacífica y no puede tampoco imponerla mucho tiempo por medio de la violencia. El esfuerzo de una clase por imponer su voluntad en una democracia es una traición a la mayoría.

DAVID F. HOUSTON

(Véase la entrega próxima).

## A los caminos

Oh caminos tendidos en la vida  
como trágicos brazos de la muerte,  
vosotros arrastráis, con mano fuerte,  
al viandante que emprende la partida.

¿Quién al salir, con ansia desmedida,  
el rumbo cierto prestamente advierte;  
o quién, cuando en la ruta cae inerte,  
supo que iba por senda merecida?

Oh caminos que sois las trayectorias  
a nortes de fracasos o victorias  
que sigue el hombre ineludiblemente:

¿por qué no le mostráis claro, certero,  
el fin que anhela el ávido viajero  
antes que inicie su vagar doliente...?

EDUARDO URIBE

San José, C. R., dicbre. 5 de 1924.